

## ETNOGRAFIA Y NOVELISTICA. UN CASO EJEMPLAR DE COLABORACION \*

La publicación de este libro, después de algunos comentarios periodísticos en el Perú y México, no ha recibido la atención que merece, tanto como obra literaria como por el testimonio que presenta. Es muy posible que dicha situación se deba a lo limitado de la edición, pero creo que también se debe un poco a los equívocos a que se presta la obra. Cuando lo hojé por primera vez me pareció ser un informe etnográfico bien escrito, probablemente alguna tesis publicada por una alumna del Departamento de Antropología de la Universidad del Cuzco. Después de leerlo, encuentro que la aparente ambigüedad del libro se debe a la forma en que está escrito y a las credenciales de la autora para hacerlo.

Betty Yabar no es una antropóloga, sino una escritora al parecer autodidacta y de muy extensa cultura literaria. Es de Paucartambo y está emparentada a una de las ramas de la muy extensa familia Yábar, de muy antiguas raíces paucartambinas. Probablemente, como la mayor parte de los paucartambinos que conozco, ha pasado gran parte de su niñez en el pueblo y en la campiña de esa región y su familiaridad con el quechua y la población indígena de la provincia es tan íntima como lo demuestra. Sus razones para escribir el libro han sido las de mostrar un aspecto de su tierra y rendir homenaje a la misma. Comparado con otros libros semejantes, está muy por encima de ellos en calidad literaria y en lo impresionante de su contenido. Así, aunque la intención de la autora ha sido realmente la de presentar un «testimonio» sobre la comunidad de Cheqec, el resultado ambiguo ha sido una obra que está a caballo entre un libreto cinematográfico y un relato costumbrista que presenta la vida y el ambiente de los habitantes de un ayllu andino enclavado en una hacienda de la puna de la provincia de Paucartambo.

---

\* *Testimonio sobre Cheqec*, por Betty Yábar. Editorial Universitaria, Ediciones de la Autora, Lima, 1971.

El carácter testimonial del libro está explicado por la autora en el prefacio del libro. Nos dice allí que el libro está basado en las conversaciones que mantuvo con cinco mujeres de la comunidad de Chequec, además de su personaje principal, la mujer Celestina Huarccaya y un número de *mistis* no mencionados sobre la vida en Paucartambo. Las conversaciones fueron en quechua y la autora se apena de no haber escrito su relato en dicho idioma. Nos dice también que Celestina Huarccaya es una matrona indígena notable «que inició el éxodo de su ayllu». El relato mismo es una reconstrucción de la vida de Celestina mientras ella recuerda, en forma de «flashbacks» cinematográfico sus diferentes eventos desde su niñez hasta el momento de su llegada al pueblo de Paucartambo en las vísperas de la gran Fiesta de la Virgen del Carmen, Patrona del Pueblo. El «testimonio» está manifiesto en el contexto del relato y su verosimilitud es reforzada por el hecho de que la vida de la comunidad y la de Celestina forman una sola unidad; también aparece en el cuadro de las relaciones familiares de la heroína y sus parientes. Del relato surge que, aparte de la referencia a Paucartambo, la comunidad de Chequec es intemporal y está en algún lugar de la puna del sur del Perú.

Creo que hemos dicho suficiente sobre sus cualidades literarias y es posible que otros podrán explicarlas mejor que yo. Lo que me interesa de la obra es el «testimonio» de la cultura y la comunidad que se desprende del relato y que al parecer no ha llamado mucho la atención, si se descuenta una referencia hecha por el antropólogo mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán a su veracidad y un comentario bibliográfico de Víctor Flores C. en *América Indígena* (1). Flores, después de darnos un resumen de la obra, concluye que su característica principal es el realismo. Realismo y veracidad son cualidades que fácilmente reconocerá cualquier lector en la obra, pero creo que ella puede cumplir otras tareas más, esto es, puede servir también como estímulo para la confrontación e incentivo para la futura averiguación de los antropólogos o funcionarios que quieran enterarse de la vida de las poblaciones andinas en términos de problemas de investigación concretos. Aunque de esta obra se podría desprender un boceto etnográfico muy articulado, que en sí ya lo ha hecho Flores, mi intención es simplemente la de llamar la atención a algunos aspectos del «testimonio» en lo que ellos tienen de sugestivo y problemático y que, como dije, podrían servir de incitación a aquellos lectores intere-

---

(1) Víctor FLORES C.: "Testimonio sobre Chequec, por Betty Yábar", *América Indígena*, vol. XXXIII, núm. 2, págs. 567, México, 1973.

sados en comparar este trabajo con otros trabajos de reportaje intencionalmente antropológico.

En primer lugar, viendo el relato de la vida de Celestina, que sirve de esqueleto al testimonio, se ve que está presente en dos relatos. El primero es la vida de Celestina desde su niñez hasta el momento de su partida; y el segundo desde su llegada a Paucartambo hasta que consigue un nuevo esposo y un terrenito en otra hacienda del valle. Según este relato, ella es la hija de uno de los mandones respetables de la hacienda en que está la comunidad o ayllu de Cheqec. Sus padres gozan de cierta bonanza según los estándares del ayllu y ella y su hermana son queridas por ellos y su infancia es relativamente feliz; las desgracias que afectan su vida son las que afectan a todos: epidemias que se llevan a niños y adultos, heladas que atacan las cosechas, accidentes, zorros y pumas que atacan el ganado. Durante su adolescencia, conoce y se enamora de un indio forastero que han acogido sus padres y entra en «sirvinakuy» (supuesto matrimonio de prueba) con él antes que sus padres mueran. Su padre, que ha hecho dos o tres viajes al Cuzco y Paucartambo al servicio del hacendado, le cuenta repetidas veces sus impresiones maravilladas de su experiencia foránea y le crea a ella un deseo imaginario intenso de llegar alguna vez a ver esas maravillas. Después que mueren sus padres el carácter taciturno de su esposo se agrava y ella es despreciada y maltratada por él con mayor frecuencia. Ella tiene tres hijos y los tres mueren en parte por los maltratos del esposo. Esto aumenta su determinación de abandonar el ayllu y finalmente decide preparar su viaje con la discreta complicidad de su hermana. Aprovechando un tiempo en que el esposo está de semanero en la hacienda, emprende la huida una madrugada y camina cuesta abajo por varios días, hasta que llega al valle de Paucartambo, en donde se encuentra con unos viajeros que la relacionan con doña Margarita, otra mujer de un ayllu que ya se ha amestizado y que tiene una chichería. Doña Margarita la hace trabajar duramente al mismo tiempo que la 'civiliza, esto es, la va instruyendo progresivamente en la cultura del pueblo mestizo. Dentro de la relación de explotación, la relación de las dos mujeres se vuelve íntima y llega a su climax en un momento en que Celestina protesta de las acusaciones contra ella y contra su pueblo que siempre hacen los mestizos por boca de doña Margarita. El relato se interrumpe y termina cuando Celestina decide volver a ser campesina, esta vez en un terreno en otra hacienda, y se relaciona con otro indígena migrante que busca lo mismo que ella en el mundo de los mestizos.

Este relato, en sí mismo, es un testimonio de lo que más o menos sabemos de la vida individual y familiar de las poblaciones campesinas andinas, y su realismo nos oculta en parte las muchas lagunas de conocimiento que tenemos todavía sobre la vida andina. En general, la vida de familia es considerada casi siempre como segura y feliz, aunque el trabajo y la servidumbre son duros y hay que soportar continuamente la minusvaluación personal por parte de mandones, hacendados, mestizos. Los problemas comienzan con los amoríos y el matrimonio, ya que si bien hay algunos matrimonios felices, hay muchos otros parecidos al de Celestina, como lo atestiguan los casos registrados en otra comunidad por Ralph Bolton (2). Como en ninguna otra investigación, surge del relato que la violencia es una parte casi normal de las relaciones sexuales y que todos los hombres pegan a sus esposas, o están cortejando a las muchachas en las excursiones del pastoreo. Evidentemente, el estereotipo mestizo sobre los indios de que la mujer dice «más me pegas, más te quiero» tiene alguna base real, ya que vemos a varias mujeres en el relato de Betty Yábar decir «está bien si te pegan por celos o por cariño». Real como parece ser esta descripción de la vida sexual, nos deja todavía insatisfechos por los esquemático de su presentación.

El esposo de Celestina es un migrante que aparentemente está huyendo de otros sitios y se refugia en la comunidad, y Celestina acaba migrando al pueblo. Aquí vemos sólo un caso en que se complementan el «jale» de las atracciones de la civilización con el «empuje» de los problemas personales en la comunidad que obligan al individuo campesino a migrar de un lado para otro. A diferencia de los migrantes de la sierra central del Perú, que reciben toda clase de apoyo social para la migración, estos migrantes indígenas parecen migrar individualmente y casi escapando de sus comunidades, aun a riesgo de «morir como perros en un pueblo lejano». Que estos individuos sufren intensamente la soledad que les impone su condición está muy vivamente expresado en la queja de Celestina cuando le increpa su patrona doña Margarita: «Me abruma los sufrimientos... Mi alma se siente huérfana de todo afecto y mi corazón está seco, por falta de un poco de ternura» (pág. 270). Muchos estudios tenemos de migración, pero muy pocas descripciones existen del proceso mismo de la salida de sus pueblos y de las razones que los mueven a ellos. Este es un relato muy gráfico de dicha situación.

---

(2) Ralph BOLTON: *Conflictos en la familia andina*. Centro de Estudios Andinos, Cuzco, 1975.

Un aspecto que permea todo el contexto del relato es la descripción del medio ambiente y de las íntimas relaciones que tienen con él los habitantes de las punas. Es frecuente y aceptado el decir que las punas son inhóspitas y duras, pero aparte de breves viajes a través de ella muy pocos tienen una idea de cuán dura puede ser la vida en esas alturas. Para los de Cheqec el frío y la falta de sol parecen ser las cosas más duras de soportar, tanto para hombres como para animales, y las descripciones de Betty Yábar son hasta el momento las más vívidas que he leído o sentido en mi corta experiencia de viajes. Nos dice que cuando hay una helada «hasta los animales acostumbrados a dormir a la intemperie mueren, balan y se quejan durante la noche, mientras las malignas bronquitis amenazan diezmarlas. Buscando calor y abrigo se arriaman unos contra otros, sin importarles —a reses, caballos u ovejas— la natural antipatía que sienten por llamas y alpacas. A los lastimeros quejidos de frío, se suma la tos que agobia a casi todos los animales; para combatir el mal, los indios les hacen beber orines calientes mezclados con sal y, ni eso, logra sanarlos» (pág. 11). A esta descripción se suma otra sobre la enorme presión que ejerce el frío, obligándolos a levantarse muy temprano para vaciar sus vejigas y al uso de toda clase de trapos y ropas para cubrirse durante las noches.

Cuando el sol sale, el aire es claro y brillante y el cielo es completamente azul y bello y ellos no son indiferentes a esto, pero tienen que aprovechar para todas sus tareas antes que se ponga. Así, durante el día, el ayllu está generalmente fuera de casa y en diferentes actividades, si no es con los cultivos, con el ganado o las otras tareas de la casa o la hacienda. El producto de la actividad es magro y hay que cumplir las tareas tanto de la hacienda como de la propia familia. Así vemos que la comunidad, los hombres y mujeres están en constante vigilancia y la expresión de Betty Yábar, que no tiene ningún cuchillo ideológico que afilar, de que los indios de Cheqec «son un pueblo dominado» describe gráficamente su condición. En este sentido, la vida de la comunidad durante el año es un pasar constante de una tarea a otra, muchas de ellas de gran monotonía. Como muchos otros observadores, por el hecho de que no tienen calendarios ni historia escrita, Betty Yábar nos dice que «no tienen idea del tiempo», pero obviamente, en un sentido su tiempo es lo que Mircea Eliade llama tiempo circular y por otro lado está marcado por las diferentes tareas y fiestas a lo largo del año. Así, fiesta y trabajo parecen estar en una continuidad constante y uno crea la expectativa del otro, y

esta clase de rutina es la que hace el cosmos de la comunidad que Betty Yábar lo describe como un cosmos cerrado.

Esparcidos a través del libro están toda una serie de datos muy sugestivos sobre la vida y la muerte, las funciones corporales y las enfermedades, y es muy posible que todos estos datos atraigan nuestra atención por lo curiosos que se presentan, en contraste con nuestras ideas. Pero en general, aparte de unos cuantos ejemplos la mayor parte de ellos son fragmentarios y en parte vistos a través de la cultura mestiza de la autora, que repetidas veces manifiesta opiniones que encontramos difíciles de aceptar sin mayor verificación. Nos dice, por ejemplo, que cuando tienen diarrea, que es muy frecuente, dejan simplemente correr las heces y no se limpian. Que en general la suciedad corporal y de sus viviendas es grande y repulsiva. Con la información que tenemos ahora, no es posible aceptar estos hechos pintados realísticamente, pero que pueden tener excepciones. Por ejemplo, tenemos descripciones de que los niños son bañados hasta los seis meses o dos años; que siempre tienen ropa nueva que se ponen durante las fiestas, y otros detalles que siguen siendo tan fragmentarios como los que informamos nosotros en otras oportunidades (3).

En todo el libro las referencias que se hacen a la organización social del ayllu son desesperantemente esquemáticas. Se hace referencia al ayllu, a la familia y a la hacienda muy ligeramente y no vamos a criticar el libro por lo que no ha señalado o descrito. Aparentemente, la única autoridad del ayllu son los mandones y capataces de trabajo, que, si son respetados como el padre de Celestina pueden crear para su ayllu condiciones aceptables de vida, pero que, en general, si son mestizos o indios de fuera, éstos tienden a ser abusivos y, al parecer, responsables de la mayor parte de los malos tratos que reciben los indios en las haciendas. La relación con la hacienda y los mestizos es para los indios una relación traumática, ya que para los mestizos, por definición los indios son «brutos, mentirosos y ladrones». De aquí se puede deducir que la «presentación del ser» del indio es con mucho la descrita como estolidez por la mayor parte de los observadores. Con todo esto, los mandones cumplen la función de hacer marchar la hacienda y el trabajo y, dada la tecnología muy primitiva de los Andes, como antes en el incario, la organización social suple a la deficiencia tecnológica, aunque a un alto costo humano, ya que la mayor parte de la producción es para la hacienda.

---

(3) Gabriel ESCOBAR MOSCOSO: *Organización social y cultural del sur del Perú*. Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967.

Estando el individuo cogido entre las presiones del medio ambiente, la hacienda, los accidentes y las enfermedades, es de pensar que el sentimiento de inseguridad que esto dé, se refleje en las ideas, creencias y prácticas religiosas y hay muchos ejemplos de ello en el libro. En general, Betty Yábar nos da dos o tres visiones muy incompletas de esto al referirnos las ideas sobre el cuerpo y la muerte y la curación de las enfermedades. Según ella, un conjunto de ideas sobre la naturaleza y las enfermedades que el curandero del ayllu conoce, y las prácticas de adivinación que hace, constituyen una de las partes de su ideología; la otra parte estaría constituida por un intenso catolicismo expresado en oraciones muy emotivas a la Cruz, la Virgen y uno o dos santos más. Aunque esto parece verdadero, ya no nos satisface lo suficiente después de haber leído las varias investigaciones que han hecho antropólogos en los últimos cincuenta años. Según ellos, son comunidades como la de Cheqec en donde se encuentran con más vigor algunas creencias claramente de origen prehispánico, tales como el *roal*, el *enqaychu*, los *apus*, la *qoa* y muchos otros más (4). No siendo ella antropóloga, no se le puede exigir que averigüe esto en forma sistemática, pero es difícil pensar que no ha surgido ninguna de estas cosas en las conversaciones que ella ha tenido con los miembros de la comunidad.

Algo que puede tener en apariencia un carácter puramente anecdótico son las descripciones de la sorpresa, atracción y maravillamiento de los habitantes de Cheqec ante las novedades de la civilización de fuera. Primero el padre de Celestina, y después Celestina misma describen en forma toda encantada y sorprendida sus encuentros con los carros motorizados y otros elementos a los cuales nos hemos acostumbrado y que ya no nos sorprenden. A primera vista, parecería que estas descripciones son invenciones de la autora para dar un toque de novedad y curiosidad a su relato, pero me parece que son genuinos y que es una sorpresa muy agradable el poder encontrarse todavía con personas de culturas más simples y que son capaces de maravillarse ante algo nuevo

---

(4) Véanse las obras de Juan Víctor NÚÑEZ DE PRADO: "El mundo sobrenatural de los Quechuas del Sur, a través de la comunidad de Qotocamba", en *Allpanchis Phuturinga*, vol. 2, págs. 121-243, Cuzco, 1970; también la de Oscar NÚÑEZ DE PRADO: "El hombre y la familia: su matrimonio y organización político-social en Q'ero", en *Allpanchis Phuturinga*, vol. 1, págs. 5-27, Cuzco, 1969.

Asimismo, la obra de Bernard MISHKIN: "The contemporary Quechua", *Handbook of South American Indians*, bull. 145, vol. 2, págs. 411-499, 1946, y la de Juvenal CASAVARDE ROJAS: "El mundo sobrenatural de una comunidad", *Allpanchis Phuturinga*, núm. 2, págs. 121-243, Cuzco, 1970.

que se les presenta. Esta inocente atracción es un acicate y una trampa, ya que los mantiene embelesados por un tiempo y después los vuelve dependientes de su utilidad en condiciones no siempre de igualdad con los otros mestizos. En todo caso, estos ejemplos muestran la gran diferencia que hay entre las culturas de la aldea perdida en la puna y el pueblo, Paucartambo, que es apenas una punta de lanza de la civilización moderna en un valle alejado de los Andes.

Hay muchos otros aspectos más del libro de Betty Yábar que pudiera haber comentado y que presenta iguales interrogaciones y confrontaciones con otros estudios y experiencias de los Andes, pero que dejo sin comentar para permitir que los nuevos lectores los descubran por su cuenta. En general, ninguno de estos comentarios tienden a quitarle valor a la obra, sino que más bien creo representan incentivos para investigar más sobre la cultura de los Andes. Releyendo otra vez el libro de Betty Yábar, uno se olvida de los detalles y comentarios y es capaz de verla en su integridad y unidad como una obra que contribuye a nuestro conocimiento de estos pueblos al mismo tiempo que nos proporciona un placer estético. Al finalizar, vuelvo a reiterar el valor de esta obra, creo que digna de ponerla en el mismo anaquel que, pongamos por caso, *Cristo se detuvo en Eboli*, de Carlo Levi, o *Muchacho sonriente*, de Oliver La Farge, obras famosas por el retrato vívido de culturas diferentes a la occidental.

GABRIEL ESCOBAR M.  
Universidad de Pennsylvania